

2019-07-01

Sentido y maldad

Hernán Ferney Rodríguez García

Universidad de La Salle, Bogotá, hfrodriguez@unisalle.edu.co

Iván Ramón Rodríguez Benavides

Universidad de La Salle, Bogotá, ivrodriguez@unisalle.edu.co

Elkin Albeiro Sánchez Cañón

Universidad de La Salle, Bogotá, easanchez@unisalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Rodríguez García, H. F., I.R. Rodríguez Benavides, y E.A. Sánchez Cañón (2019). Sentido y maldad. Revista de la Universidad de La Salle, (81), 233-240.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Revista de la Universidad de La Salle by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Sentido y maldad



Hernán Ferney Rodríguez García*
Iván Ramón Rodríguez Benavides**
Elkin Albeiro Sánchez Cañón***

■ Resumen

El presente artículo busca comprender cómo las acciones de los hombres marcan de manera significativa nuestras realidades más particulares, debido a la degradación que son capaces de producir. Parte de la discusión se centra en avizorar el sentido y la maldad de dichas actuaciones y la influencia que tienen en nuestra imposibilidad para hablar de un mundo compartido, de una comunidad política, de una filosofía de la proximidad.

* Doctorando en Filosofía de la Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá, D. C.), magíster en Filosofía de la Universidad de La Salle (Bogotá, D. C.) y profesional en Filosofía y Letras de esta última institución. En la Universidad de La Salle, es docente de la Facultad de Filosofía y Humanidades, y miembro del grupo de investigación Filosofía, Cultura y Globalización (categoría A de Colciencias). Correo electrónico: hfrodriguez@unisalle.edu.co

** Doctor en Filosofía de la Universidad de Barcelona (España), magíster en Filosofía de la Universidad de los Andes (Bogotá, D. C.) y licenciado en Filosofía de la Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá, D. C.). En la Universidad de La Salle (Bogotá, D. C.), es profesor asociado de la Facultad de Filosofía y Humanidades, y miembro del grupo de investigación Filosofía, Cultura y Globalización (categoría A de Colciencias). Correo electrónico: ivrodriguez@unisalle.edu.co

*** Magíster en Estudios Políticos de la Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá, D. C.) y profesional en Filosofía y Letras de la Universidad de La Salle (Bogotá, D. C.). En esta última institución, es docente del Departamento de Formación Lasallista y miembro del grupo de investigación Intersubjetividad en Educación Superior (categoría A1 de Colciencias). Correo electrónico: easanchez@unisalle.edu.co

Con todo, el mal político pone al hombre en una continua tensión que condiciona sus acciones y lo sume en una entera esclavitud.

Palabras clave: maldad, mal político, servidumbre voluntaria, poder, comunidad política.

¿Quién tiene respuestas ante las tribulaciones que vive el mundo en la actualidad? La única certeza que queda supone que “los problemas políticos exigen soluciones políticas” (Neiman, 2012, p. 14). Todos los hechos que han marcado, en particular, la historia transformaron las realidades, pero no iniciaron una nueva realidad moral; es decir, la mayoría de los eventos tienen una combinación de estructuras políticas y morales que resulta desconcertante por la manera en que estas se hilan. Empero, esto no indica que la respuesta sea de carácter moral, sino que se exige una respuesta política capaz de discriminar juicios y acciones.

Los casos cardinales de los que se ocupa el mal en el pensamiento moderno no corresponden solo a fechas, sitios y acontecimientos que marcan la barbarie total (Swaam, 2016); una parte de los análisis que se elaboran manifiesta cómo toda acción del hombre que implica degradar a los otros permite hacer un estudio sobre la destrucción, con el fin de intentar comprender la capacidad destructiva que tienen los hombres entre sí para vulnerarse. En palabras de Smith (2016), esa dicha que produce el mal ajeno; la posibilidad de regodearse con el mal que tienen que sufrir los demás.

Estamos ante la magnitud del mal presente. Muchas personas claman por formas de medición objetivas sobre la cuestión del mal. Pero ¿sirve de algo cuantificar el mal? Solo sería posible comparar las catástrofes en caso de que la finalidad se centre en encontrar objetivos específicos. Este intento conlleva pensar que la muerte de mil personas vale más que la de cinco. ¡Como si la muerte por sí misma no tuviera ya el valor suficiente!

Toda medición se convierte en una abstracción que desvirtúa el sentido de la maldad y se vuelve una especulación política. De ahí los análisis de Wolfe

(2013) sobre la maldad política y la abstracción que logra hacer del hombre del común, puesto que se reduce a unos pocos hombres con unas características tan sobresalientes para acometer un mal tan radical que están por encima de las demás personas. Por tanto, según este autor, no todos los hombres tienen las condiciones de acometer el mal, dado que no están en capacidad de producir una ideología.

Resulta difícil aseverar el sentido de un evento cuando se le caracteriza como el más horrible, porque todas sus acciones ya son bastante degradantes. Otra cosa sería decir que algunos eventos resultan en sus estrategias más espectaculares que otros, porque tienen una serie de simbologías que garantizan una percepción que puede con facilidad indicar un pánico global y llevarnos a presenciar una sociedad del miedo (Bude, 2017). Para algunos, nombrar una ciudad, un campo o una fecha evoca el más profundo de los horrores (Di Cesare, 2017). Cada uno de estos eventos suscita una reacción que implica cuestionar el sentido de la vulnerabilidad humana. En parte, como sostiene Neiman (2012), porque un hecho que tiene relación con sucesos malignos revela que estos se hallan a merced de la manipulación y la distorsión.

La distorsión es netamente política. El sentido del mal político moderno hace plausible la intención, evidente y deliberada, con la que actúa el hombre en busca de provocar el terror a la muerte y ese miedo latente de continua incertidumbre (Revault, 2010). En este caso específico, al afirmar que todo hombre es capaz de cometer el mal, aparece de manera más clara que parte del problema tiene relación con la falta de discernimiento, que termina siendo más peligrosa, como sostiene Neiman (2012), que la misma perversidad. Existe una imposibilidad en el hombre que no lo deja distinguir las consecuencias directas e indirectas de sus acciones. Con esto, las consecuencias de las acciones ordinarias pierden el horizonte de destrucción del que pueden ser capaces (Sofsky, 2016).

Ahora, quienes determinan y tienen mayor claridad sobre los alcances de sus acciones calculan con tanta exactitud su actuar que no hay otra forma posible de identificar sus estrategias: son perfectamente perversas (Prada y Rodríguez,

2018). No obstante, cabe distinguir que, ante toda acción política, por el hecho de serlo, resulta imposible identificar la conmoción que puede provocar una actuación cualquiera de un hombre. En otras palabras, muchos de los actos terroristas se cometen sin previo aviso, lo cual dificulta saber qué víctimas particulares resultarán afectadas. Si bien existe un objetivo previo, el desencadenamiento de efectos posteriores y sus repercusiones pueden ser imposibles de controlar por completo.

Nuestra comprensión del mal ha cambiado. Toda abstracción y todo modo envolvente de abarcar el problema del mal corren el riesgo de entregar una idea parcial o superficial del asunto. Las distintas formas que adopta el mal y sus más conocidos representantes, como Osama bin Laden o Adolf Eichmann, no son los únicos paradigmas. Tal vez esto representa una de las mayores inconsistencias de caracterización acerca de la maldad política que asumen los teóricos, sobre todo cuando se decantan solo por casos dominados por ideologías perversas y desatienden el análisis de las acciones particulares y cotidianas del hombre. Según Neiman (2012), cada uno de estos actores encarna las formas que adopta el mal, pero en ninguno de ellos se puede decir que se agota. Su importancia en esto último merece resaltarse, porque justo allí también acontece con fuerza el mal político.

Al respecto, es preciso recordar las ideas sobre la acción que presenta Arendt (2004, 2005a, 2005b) y que asume Bernstein (2006): en su sentido más práctico, actuar significa tomar la iniciativa, poner algo en movimiento. La acción es esa actividad única que sucede entre los hombres sin que intermedie otro tipo de cuestiones. Así, la acción corresponde a la condición humana y a su pluralidad, a la posibilidad que tienen los hombres de habitar el mundo (Arendt, 2007a).

Según estos autores, la pluralidad se convierte en la condición básica de la acción y del discurso, porque ambos tienen lugar entre los seres humanos, en su singularidad y pluralidad. "Por tanto, la acción es, intrínsecamente, actividad política y requiere la creación de esos espacios públicos en los que los

individuos pueden encontrarse como iguales y revelar quiénes son” (Bernstein, 2006, p. 125).

Ubicar las manifestaciones concretas del mal supone un asunto agudo y cuidadoso que implica, en primera instancia, alejarse de cualquier concepción que lo generalice y no permita advertir sus particularidades. En consecuencia, de modo necesario, el mal se debe poder describir en sus detalles; existe la necesidad de hacer una lectura hermenéutica situada (Fricker, 2017); es decir, se requiere leer el mal con tal precisión que los juicios que se elaboren sobre él sean convincentes, porque responden tanto a la existencia como a la experiencia del hombre que lo hace. Todo juicio persuasivo deja de ser una respuesta política ante un problema político, porque se convierte en un prejuicio vago. En caso de atribuir juicios morales como contestación al mal político, se queda en la presentación de ideas generales, en la vinculación de experiencias concretas del mal que bordea la vivencia particular.

Según Arendt (2007b), el juicio permite una mirada crítica y aguda sobre los discursos absolutistas del bien y del mal. Como anota Singer (2004), esto es muy cercano a lo que sucede con los discursos políticos que intentan combinar la política y la fe para mover los hilos del nacionalismo y pedir la bendición de la religión, con la intención de pelear como su abanderado. Para Arendt (2007b), cualquier apelación a los absolutos corrompe y es capaz de destruir la política. Cuando una sociedad política absolutiza el bien o el mal, con facilidad puede acabar en violencia —la cual destruye la política—. Según Arendt (2004), cuando en la política se instaura lo absoluto, es posible augurar la fatalidad.

Absolutizar el mal es el resultado más peligroso en el plano político, sobre todo cuando este se ha construido a partir de juicios morales que intentan imponerse por encima de todo. Si esto sucede, se habla de manipulación; por consiguiente, el mal político se ve representado a diario en la manipulación que se hace de los hechos, de las pruebas, de la verdad. Así, las preocupaciones del mundo moderno no se ven reflejadas en rasgos particulares que aparecen en los discursos, sino en la manipulación por medio de la palabra, que se ejerce

para justificar la violencia en un territorio. En este sentido, el mal es uno de los conceptos más manipulados.

La manipulación del mal produce un peor mal: es decir, si en aras de contra-atacar una acción terrorista se permite configurar una guerra, la manipulación del mal produce otro aún más perverso. Sin embargo, la manipulación del bien también produce un enorme mal. Por ejemplo, si en el afán de pacificar los territorios una nación decide utilizar la violencia, está acometiendo el mal político. La cuestión más radical sobre este tipo de postura implica desmitificar que una acción es aún más horrible en su ejecución o sentido dependiendo del número de víctimas. Todo acto que implique degradar al otro, incluso sin que las estadísticas y cifras sean abismales o despampanantes, se encuentra filtrado por el mal.

El mal político es aquel capaz de justificar la guerra, la violencia, hasta un linchamiento por una turba enardecida (Sofsky, 2004). Cuando esto pasa, como señala Neiman (2012), acontece ante nuestros ojos una politización del mal, entendida como la justificación de las acciones, aunque sean degradantes.

La politización se exagera justo cuando todas las manifestaciones concretas que puede asumir el mal llegan de modo parcial a significar lo mismo, cuando no se les da importancia. En otras palabras, la forma en que presenciamos el mal ha invisibilizado el mismo carácter trágico que tiene, por ejemplo, ser indiferente ante la violencia. Nos hemos acostumbrado a consumir tanta violencia que ya somos, tal como lo dicen Sofsky (2006) y Arteta (2012), espectadores indiferentes.

Conclusiones

Al parecer, el mal político ha sumido a los hombres en una indolencia perenne. Cuando la violencia se aprehende, acaba con el valor que tienen los otros para cualquier individuo. Esto se convierte en una desnaturalización de la posibilidad de vivir juntos, de ser con otros o, según Levinas (1993, 2002), de crear una identidad a partir de lo que transmite el rostro del otro. Así, la imposibilidad

de vivir se convierte en una imposibilidad de convivir. Esto significa que hemos asumido nuevas formas de afrontar y acostumbrarnos a la destrucción. Como diría Arendt (2005b) al respecto: muchas cuestiones parecen posibles, pero lo que ocurrió no debió haber pasado. Asimismo, para la autora, lo imposible deviene en realidad; el problema más significativo con esto es que pronto se hace rutina y pierde en significación, aunque la destrucción que promueve resulta contundente.

Parte del *sinsentido* del mal en el mundo, más allá del propio mal, es la profunda inocencia con que se asume su comprensión. Los absolutos y las justificaciones sobre el bien y el mal representan los ejes que han tergiversado su sentido. Hay que entender que muchos de los paradigmas del mal han terminado siendo banales, porque se ha intentado darle un rostro característico al mal, sin ver que este toma distintos rostros, los cuales están constituidos por la mayoría de los hombres en su individualidad; es decir, se han construido monstruos con rasgos particulares, sin tener en cuenta que el verdadero rostro del mal se difumina en el rostro individual de cada sujeto capaz de la acción.

Referencias

- Arendt, H. (2004). *Sobre la revolución*. Alianza.
- Arendt, H. (2005a). *Ensayos de comprensión 1930-1954*. Caparrós.
- Arendt, H. (2005b). *La condición humana*. Paidós.
- Arendt, H. (2007a). *¿Qué es la política?* Paidós.
- Arendt, H. (2007b). *Responsabilidad y juicio*. Paidós.
- Arteta, A. (2012). *Mal consentido. La complicidad del espectador indiferente*. Alianza.
- Bernstein, R. (2006). *El abuso del mal. La corrupción de la política y la religión desde el 11/9*. Katz.
- Bude, H. (2017). *La sociedad del miedo*. Herder.
- Di Cesare, D. (2017). *Terrorismo. Una guerra civil global*. Gedisa.
- Fricker, M. (2017). *Injusticia epistémica*. Herder.
- Levinas, I. (1993). *El tiempo y el otro*. Paidós.
- Levinas, I. (2002). *Totalidad e infinito: ensayo sobre la exterioridad*. Sígueme.

- Neiman, S. (2012). *El mal en el pensamiento moderno. Una historia no convencional de la filosofía*. Fondo de Cultura Económica.
- Prada, A. y Rodríguez, H. (2018). Empatía cero: los perpetradores del mal. *Equidad y Desarrollo*, (32), 79-99. <https://doi.org/10.19052/ed.5336>
- Revault, M. (2010). *Lo que el hombre hace al hombre. Ensayo sobre el mal político*. Amorrortu.
- Singer, P. (2004). *El presidente del bien y del mal: las contradicciones éticas de George W. Bush*. Tusquets.
- Smith, R. (2016). *Schadenfreude: la dicha por el mal ajeno y el lado oscuro de la naturaleza humana*. Alianza.
- Sofsky, W. (2004). *Tiempos de horror. Amok, violencia, guerra*. Siglo XXI.
- Sofsky, W. (2006). *Tratado sobre la violencia*. Abada.
- Sofsky, W. (2016). *La organización del terror. Los campos de concentración*. Prometeo.
- Swaam, A. (2016). *Dividir para matar. Una exploración de la mentalidad genocida*. Semana.
- Wolfe, A. (2013). *La maldad política. Qué es y cómo combatirla*. Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores.